

CAPITULO XI

LA CIUDAD FEDERAL (1783 á 1800)

Desaliento que sigue á la revolución.—Mejoras y reconstrucciones.—Colegio de Colombia.—La biblioteca de la sociedad de New-York.—La contribución del Estado.—Tolerancia religiosa.—La sociedad médica de New-York.—Las sublevaciones de *el populacho del Doctor*.—Desarrollo del comercio.—Voto y nombramiento de los empleados.—Gobierno municipal.—Patronato del Estado.—Fundación del gobierno federal.—*Leaders* del partido federal.—El gobernador Clinton.—*El Federalista*.—Procesión en honor de la Constitución federal.—New-York capital de la Federación.—Los republicanos jeffersonyens.—Patronato federal.—Aaron Burr.—Ton, bufón de la prensa.—Sediciones políticas.—Elección de Burr para la vicepresidencia.—Caída del partido federal.

New-York presentaba un aspecto muy triste cuando las tropas reales la abandonaron después de siete años de residencia.

Las barriadas destruidas por los grandes incendios no habían sido reconstruidas, y estos terrenos estaban cubiertos de ruinas ennegrecidas y melancólicas. Las iglesias habían sido demolidas, las casas saqueadas. Los negocios habían fracasado; los canales por donde circulaban estaban obstruidos.

Al volver á tomar posesión, los americanos tuvieron que comenzar todo de nuevo. Volvieron al trabajo con gran actividad para devolver á la población

toda su antigua prosperidad; pero había sido tan completa la destrucción, y las dificultades para encontrar un buen plan de restauración de la ciudad eran tan grandes, que pasaron cuatro años sin que se notara un progreso sensible. Entonces los asuntos tomaron un giro mejor. La ciudad entró en un período de prosperidad como nunca lo había conocido. Su riqueza y su población no cesaron de crecer en progresión regularmente creciente.

Las iglesias medio demolidas fueron restauradas; la de la Trinidad, que había sido quemada totalmente por un incendio en 1776, fué reconstruida de abajo arriba.

King's College cambió su nombre por el de Colombia, y fué reorganizado; el primer estudiante fué Wit Clinton, sobrino de Jorge Clinton, que era entonces gobernador del Estado.

La biblioteca pública—la de la sociedad de New-York—fué reformada en escala mucho más amplia, y se construyó un buen edificio para guardar los libros.

La nueva constitución del Estado independiente de New-York suprimió definitivamente todas las exclusiones religiosas que habían sido mantenidas por el antiguo gobierno provincial, y proclamó la completa tolerancia religiosa, así como la igualdad ante la ley. En consecuencia, bien pronto se construyó una iglesia católica, mientras que los metodistas aumentaban rápidamente en número y en influencia.

La sociedad médica de New-York comenzó su carrera en 1788, y se produjo bien pronto una de las más singulares sublevaciones que tan frecuentes han sido en New-York.

El populacho que en ella tomó parte, fué siempre

conocido con el nombre de *Tropa del Doctor*, porque su furor estaba dirigido contra los jóvenes estudiantes de Medicina y sus profesores. Más tarde, se propagó por todas partes el rumor de que los médicos extraían los cadáveres de sus sepulturas para llevarlos á sus salas de disección, lo que excitó en su más alto grado al populacho.

Cierto día, un joven dirigió una mirada á la sala de disección y vió en ella á los estudiantes trabajando en un cadáver. Volvió á su casa corriendo y dió la voz de alarma á su padre. Fué esto suficiente para que el populacho se reuniese súbitamente y persiguiese á los médicos en sus casas. Estas fueron invadidas y saqueadas. El tropel desobedeció las órdenes de los oficiales civiles, que le intimó á que se disolviese; y, por último, hubo una colisión con las tropas del Estado, que hicieron una descarga y dispersaron á la multitud, matando é hiriendo á muchos de los que la formaban.

Una explosión de turbulencia semejante, vencida de cuando en cuando, no era, sin embargo, capaz de impedir el desarrollo de la ciudad.

El comercio iba creciendo. Los negociantes más aventureros enviaron por primera vez sus navíos hasta los mares de la China, y algunos años más tarde, cuando las gigantescas garras de la revolución francesa trastornaron toda Europa, New-York tuvo buena parte en el tráfico que pasaba á manos de los neutrales.

La conquista de la independencia no había operado un cambio radical en el gobierno municipal de la ciudad.

La constitución, bajo cuyo régimen el Estado inauguró su existencia independiente, no fué nunca ultra-

democrática, aunque, como era natural, fué un gran paso dado en el sentido de la democracia.

El derecho de voto fué rigurosamente limitado. Hubo dos categorías de electores; todo el que poseyese un bien raíz por valor de veinte libras, ó aquel que pagase un alquiler ó un arriendo por valor de cincuenta chelines, podía tomar parte en la elección de los miembros de la asamblea. Sólo aquellos que poseyesen un bien raíz por valor de cien libras podían tener participación en las elecciones de senador ó gobernador.

Casi todos los funcionarios del poder ejecutivo y legislativo, tanto del Estado como del condado de la ciudad, eran designados por el consejo de nombramiento, que se componía del gobernador y de cuatro senadores.

De este modo, las familias que tenían grandes propiedades territoriales, conservaban mucha influencia. Sin embargo, la destrucción del poder que poseían las grandes familias reaccionarias, había disminuido en conjunto el poder de la clase rica de los grandes poseedores de dominios, y en el país, la autoridad real pertenecía á los pequeños propietarios cultivadores.

El Estado no estaba todavía gobernado por una democracia absoluta, porque en esta época, los únicos que creían en la democracia absoluta eran teóricos. Eran muy pocos los que creían que es suficiente que el hombre llegue á su mayor edad para concederle el voto.

Los que elaboraron la Constitución del Estado no eran simples visionarios que lo arreglaban todo sobre el papel, sino que eran políticos circunspectos y prácticos, que conocían los hombres y los negocios. Inventaban nuevos métodos de gobierno cuando era preciso;

pero no se aventuraban nunca á construir un sistema político enteramente nuevo. Restauraron el antiguo sistema de administración de los negocios de las colonias, é hicieron cambios que exigía el nuevo Estado.

Es claro que esta manera de proceder era mucho más prudente, pero no estaba exenta de inconvenientes.

Los autores de la Constitución conservaron algunos artículos que hubiera sido preferible rechazar. No tomaron ninguna precaución contra ciertos peligros que fatalmente debían surgir del nuevo orden de cosas. Por otra parte, crearon dificultades al esforzarse por evitar otros peligros que realmente hubieran desaparecido con la destrucción del antiguo sistema. Esto se manifestó particularmente en la manera que tuvieron de obrar en lo concerniente á las funciones de gobernador, y sobre todo, en el temor que les inspiraba todo poder ejercido por un hombre solo.

El gobernador colonial no era elegido nunca por el pueblo y no tenía que rendirle cuenta alguna. El interés del pueblo estribaba en molestarle en el ejercicio del poder por todos los recursos legales. A este objeto tendía la legislatura colonial, la única que podía exponer y satisfacer las necesidades del pueblo.

Sin embargo, el gobernador del Estado era elegido por el pueblo, siendo responsable ante él; era en realidad, lo mismo que las Cámaras, su servidor y su representante.

Sin embargo, la desconfianza que se sentía hacia un gobernador colonial no elegido, pero nombrado, se transmitía como un legado hacia su sucesor que era un elegido, un representante. No se advirtió que, en efecto, el gobernador colonial era irresponsable de la causa de su nombramiento, y que un Parlamento colonial

nombrado de la misma manera debía ser igualmente irresponsable, y había de tener los mismos defectos; y la función de gobernador se consideró como si una persona aislada fuese más peligrosa que un grupo de personas con respecto á los que eligen una y otro pudiendo exigir de ambos igual responsabilidad. Además se ponían límites á su poder, por el consejo de nombramiento y por otros medios.

La experiencia nos ha enseñado bastante en este asunto, pero ese singular temor subsiste y se manifiesta siempre de cuando en cuando de manera muy extraña, por ejemplo, cuando se sostienen los «derechos» de un negociado de *aldermen*, completamente inútil y perjudicial.

El gobierno de la ciudad fué tratado de idéntica manera.

En los tiempos coloniales, los propietarios libres elegían sus *aldermen*; el alcalde y los funcionarios ejecutivos eran nombrados por los representantes de la corona.

Este sistema se continuó.

El gobernador del Estado y el consejo de nombramiento ocuparon el puesto del gobernador real y de su consejo. Los propietarios libres continuaron nombrando sus *aldermen* y los condestables, cuando éstos eran elegidos, pero el alcalde, el *scherif* y demás funcionarios fueron nombrados por la autoridad del Estado.

Jaime Duane fué el primer alcalde así nombrado.

Hubo de esa manera, bajo cierto aspecto, mucha menos independencia local, un *self-government* legal mucho menos extenso del que la ciudad posee hoy. El patronato, ó derecho de nombramiento, estaba centralizado en las autoridades del Estado.

Por otra parte, la ciudad tenía, en ciertas direccio-

nes, una mayor libertad de acción que la que hoy disfruta. Los *aldermen* formaban, en realidad, un Parlamento local. El tesorero tenía la costumbre de emitir papel-moneda, único crédito de la municipalidad.

Sin embargo, las ciudades americanas jamás han tenido el derecho absoluto á una existencia independiente, al ejercicio de una soberanía local, de que han gozado la mayor parte de las comunidades urbanas de Europa.

En América, ya en los tiempos coloniales, ya bajo el gobierno nacional, la ciudad ha sido tratada pura y simplemente como una división geográfica del Estado, á la cual han sido reconocidos ciertos derechos de *self-government*, con el mismo título que á cualquiera otra división, si bien estos derechos toman un carácter muy particular á causa de las necesidades especiales y de los rasgos característicos de la división que los recibe, pudiendo ser modificados, mejorados, extendidos, retirados, en relación con el grado del poder que los otorga, es decir, de la legislatura. Del mismo modo el enorme crecimiento de la población urbana durante la última mitad del siglo no ha producido el menor desorden en la situación legal y política de la ciudad, en cuanto creación del Estado.

Mucho tiempo antes de la terminación de la guerra revolucionaria, el antiguo gobierno de la confederación había demostrado su completa impotencia.

La cosa empeoró todavía más después de la paz.

El pueblo tardó mucho en comprender la necesidad de un gobierno nuevo y más vigoroso. Siendo la lucha que se había de entablar la de la libertad contra la autoridad, no se reconoció inmediatamente que la licencia y la anarquía eran los peores enemigos de la libertad.

El extremo individualismo de los ciudadanos, sus sentimientos ultra-independientes, de que gozaba toda la batería de demagogos, les harían considerar con suspicacia y desconfianza las únicas medidas que podrían hacer esperar que su país predominase sobre las demás naciones.

Los hombres más honrados, los más prudentes, vieron, desde luego, la necesidad de una fuerte y sólida unión; pero la masa del pueblo no la vió sino con la más viva repugnancia. Esta idea les fué imbuida en la inteligencia por la despiadada lógica de la adversidad.

Las rebeliones que estallaron en Massachussets y Carolina del Norte, la anarquía general, la rápida decadencia de la buena fe comercial, la bancarrota de los Estados y la pérdida de su crédito, tanto interior como exterior, el desprecio con que la confederación era tratada por las naciones europeas, las violentas discusiones interesadas de los diversos Estados entre sí, querellas que amenazaban á cada instante con degenerar en guerra civil, todas estas causas combinadas con la sagacidad y elocuencia de los hombres de Estado más capaces, con el poder inmenso del carácter de Washington, hacíase preciso para vencer á una nación obstinada, suspicaz, limitada en sus ideas, pero en el fondo valiente, inteligente y patriota, de que renunciase á sus prejuicios, á sus rivalidades, para unirse y constituir un gobierno estable y potente.

A falta de esta unión, la victoria en la guerra revolucionaria hubiera sido una calamidad y no un beneficio. La libertad sin la unidad, la libertad con la anarquía, hubiesen sido peores que inútiles.

Los que combatieron la Constitución actual de los Estados Unidos cometieron un error tan grave como

el de los mismos reaccionarios. Esforzaronse muy enérgicamente, pero, por fortuna, con mal éxito, en perjudicar á su país.

La adopción de la Constitución era el complemento obligatorio de la obra comenzada por la guerra de la independencia.

Esta obra se componía de dos fases muy esenciales. Aquellos que se opusieron á ella durante la segunda fase, como los que la combatieron en la primera, hicieron todo lo posible por perjudicar á América, por buenas que hubieran sido sus intenciones. Los reaccionarios, aquellos que se oponían á la unión, los que no la pedían, eran enemigos igualmente peligrosos para el engrandecimiento y prosperidad de la nación.

Durante este período de la fundación del gobierno federal y durante el período siguiente en que los federales dominaron, la ciudad de New-York desempeña el papel más importante y más honroso en el gobierno de la nación. Jamás hasta entonces, ni después, ocupa una posición política tan elevada, relativamente con el resto del país, porque durante esos años, ella fué el centro del brillante partido federal del Estado de New-York.

Alejandro Hamilton, Juan Jay, y á fines de este período, el gobernador Morris, habitaban esta ciudad, ó residían bastante cerca para ejercer, en realidad, el oficio y la influencia de ciudadanos propiamente dichos. Allí habitaba, igualmente, Aaron Burr, su enemigo por excelencia, el prototipo de esos políticos de barrio, tan hábiles como desprovistos de escrúpulos, que se hacían señalar en los períodos consecutivos del desarrollo de la ciudad.

Hamilton, el hombre más brillante del Estado americano que hasta entonces había existido, poseía una

inteligencia muy elevada y la más penetrante de su tiempo. Ocupó, como era natural, el primer puesto en las filas del partido federal de New-York. A éste le sigue Juan Jay, puro, fuerte, sano de corazón, de cuerpo y de espíritu. Ambos seguían con inquietud y alarma los rápidos progresos que hacía la anarquía. Ambos desplegaron toda su energía para contener su marcha.

En realidad, eran estos hombres muy superiores para aceptar las miras de aquellos á quienes su oposición á la tiranía hacía enemigos del orden. Estaban poco dispuestos á hacer concesiones á los prejuicios violentos que la guerra había producido. Tenían, sobre todo, un profundo horror á las leyes de venganza dirigidas á las personas y los bienes de los reaccionarios. Ellos tuvieron el valor viril de mostrarse como protectores de los leales, sin defensa posible y en extremo impopulares. Pusieron término á las vejaciones que se infligían á estos hombres y llegaron hasta á colocarlos al nivel de los demás ciudadanos, resistiendo con generosa intrepidez los clamores del populacho.

Desde que se trazó el proyecto de una unión más íntima entre los Estados, Hamilton y Jay se entregaron á él con verdadero ardor. La ciudad de New-York siguió su impulso, pero el Estado en masa estaba en contra.

El hombre más popular en el recinto amurallado de la ciudad, era el viejo y enérgico gobernador Clinton, que dirigía la oposición contra la unión propuesta.

Clinton era un hombre de carácter fuerte, buen soldado y había dado pruebas de un irreprochable patriotismo en la guerra de la Revolución. Era rigurosamente obstinado, abundaba en prejuicios y se mostraba sincero partidario de los derechos populares. Ex-

perimentaba una franca desconfianza respecto de todo gobierno de importancia.

Estaba, sin duda, influido por motivos de un orden menos elevado en la oposición que hacía al cambio propuesto. Era el hombre más eminente de New-York, pero no podía esperar jamás ser uno de los hombres más eminentes del Estado. Era gobernador de un pequeño Estado soberano. Mandaba como jefe el pequeño ejército. Era el almirante de una pequeña marina, el *leader* de los políticos de un Estado. Nadie sentía ganas de quitarle la importancia que todo esto le daba.

El carácter frío y suspicaz de los pequeños propietarios aldeanos, y la envidia que su limitado espíritu le inspiraba contra sus vecinos, suministraron á Clinton los mejores instrumentos para su obra.

No obstante, Hamilton triunfó, gracias al apoyo decidido que le prestó la ciudad de New-York. Haciendo prodigios de elocuencia y energía persuadió al Estado para enviar tres delegados al Convenio federal constitucional. El fué uno de estos delegados y desempeñó un papel importante en los debates.

Sus dos colegas, dos nulidades antifederalistas, le dejaron solo muy pronto.

Entonces regresó á la ciudad, donde escribió y sacó á luz, en colaboración con Madison y Jay, una serie de cartas que fueron reunidas en un volumen bajo este título: *El Federalista*. Este libro figura entre los mejores y más notables que se han escrito sobre la política y el gobierno. Estos artículos produjeron gran influencia en la opinión pública.

Finalmente, coronó sus trabajos yendo á representar á la ciudad en la Convención del Estado, y arrancando, en una asamblea hostil, una ratificación de la Constitución federal, á pesar de su repugnancia.

Los conciudadanos de Hamilton poseían un espíritu más vivo, más amplio y menos limitado que la mitad de los habitantes del campo en esta época.

Los artesanos, los obreros manuales, los negociantes de New-York eran partidarios entusiastas de la Constitución federal y miraban á Hamilton como su campeón particular.

Para ayuudarla y favorecer su causa, organizaron una manifestación monstruo mientras la Convención del Estado regía aún. Casi todos los cuerpos electos de la ciudad tomaron parte en ella. Tropa de caballería ligera, con brillante uniforme, abría la marcha, precedida de trompetas y de una batería ligera. Seguía después un personaje representando á Colón, á caballo, rodeado de exploradores de bosques con los brazos armados de hachas; el hacha era el arma y el útil por excelencia del azadonero americano. Venían luego los colonos con los uniformes de profesión, conduciendo caballos y bueyes sujetos al yugo, uncidos á arados y á rastrillos y seguidos de un modelo de una nueva máquina para trillar.

Después venía la sociedad de Cincinnati.

Después de ella marchaban los cuerpos de Estado, los jardineros con delantales verdes, los sastres, los medidores de granos, los panaderos, conduciendo un enorme *Pan Federal* sobre una plataforma arrastrada por caballos bayos; los cerveceros, los caldereros, con un trineo tirado por cuatro caballos, sobre el cual estaba colocada la *Cuba Federal*, que los obreros consumían por el camino; los carniceros, los curtidores, los guanteros, los peleteros, los carpinteros, los albañiles, los tejeros, los hojalateros, los herreros, los curtidores, los peluqueros, los floristas, los ebanistas, los torneros de marfil, los carpinteros de barco, los apa-

rejadores y los representantes de otras veinte profesiones.

A lo largo del cortejo flotaban pendones con el retrato y el nombre de Hamilton.

Lo más notable de la procesión era el navío federal *El Hamilton*, arrastrado por caballos.

Era éste una fragata de 32 cañones en miniatura, de 27 pies de largo, con una tripulación de treinta marinos y marineros. Los trece que llevaba sobre el puente, daban la señal de partida y disparaban salvas con ciertos intervalos durante el desfile.

La Facultad y los estudiantes de la Universidad, las sociedades de sabios y las profesiones liberales, los negociantes y los extranjeros de distinción formaban la retaguardia.

El desfile se prolongó fuera de la ciudad, hasta la casa Bayard, donde se sirvió una comida para seis mil personas.

Durante el primer año de gobierno bajo la nueva Constitución, New-York fué la capital federativa.

Por entonces fué cuando Washington volvió para inaugurar la Presidencia, después de una imponente ceremonia, el 30 de Agosto de 1789.

En esta época la ciudad había alcanzado toda su prosperidad, y cuando se convirtió en cuartel general de los hombres políticos más distinguidos de todos los Estados, la vida de sociedad adquirió naturalmente más atractivo y perdió su aire provinciano. Sin embargo, su glorioso período de capital fué muy corto, por cuanto el Congreso se aplazó para Agosto de 1790 y se decidió reunirse de nuevo en Filadelfia.

La historia política de la ciudad durante los doce años de la administración de Washington y de Adams, atestiguan un equilibrio casi constante en las luchas de

los federales y de los antifederales, que poco á poco fueron tomando otros nombres, desde luego el de republicanos, y más tarde, el de demócratas.

Este hecho se ha visto siempre repetido en nuestros anales políticos; los individuos cambiaban constantemente de partido, muchas veces en gran número; pero, á pesar de todo, la unidad de los partidos tendió á subsistir. Los que habían apoyado la adopción de la Constitución federal, acabaron por formar el partido federal; los opuestos á ella, y que querían que se redujese á sus más estrechos límites, é igualmente que se restringiesen las prerrogativas del gobierno central hasta el punto de hacerlo impotente, pasaron á ser republicanos jeffersonianos.

Hamilton y Jay fueron el alma del partido federal en la ciudad y en el Estado. Ambos eran el tipo del neoyorkino de su tiempo, tipo bien entendido en el sentido más elevado, por la nobleza y la grandeza excepcional de su carácter.

Los dos eran de raza cruzada y no inglesa. Jay tenía en sus venas sangre hugonote y holandesa; Hamilton descendía de escoceses y de criollos franceses.

Hamilton, nacido fuera de New-York, era, en cierto modo, un neoyorkino más completo que Jay, porque New-York, como la revolución francesa, ha sido siempre por excelencia una carrera abierta al talento. El rasgo característico de la ciudad fué su gran espíritu de liberalismo; abrió sus puertas de par en par á todos sus ciudadanos adoptivos.

Jay no poseía la audacia y el brillante genio de Hamilton, pero estaba dotado de una pureza austera y de un carácter equilibrado, que faltaban á su ilustre compañero. Fué dos veces gobernador del Estado y en funciones en 1795 y 1802, pero en realidad había sido

elegido en 1792, y no fué separado de este cargo sino por groseras trampas electorales practicadas en provecho de Clinton, que cerró los ojos ante ellas. Su popularidad no pasó de un eclipse momentáneo, aun bajo la tempestad de injurias, tan necias como infundadas, de que fué víctima en New-York, que en todo el resto del país, cuando volvió de su misión como plenipotenciario á Inglaterra, de donde trajo el ventajoso tratado de 1794.

Hamilton era el *leader* natural de su partido, pero sus cualidades, que le hacían eminentemente apto para las más gigantescas tareas de planes políticos que abordó con éxito, no eran las más á propósito para dirigir un partido. Era demasiado impaciente y tomaba un tono demasiado altanero. Hacía muy poco caso de los inferiores, medios de la actividad infatigable é inteligente que desplegaba un táctico de partido.

Cuando luchó por la adopción de la Constitución, lo hizo con calor, sostenido por las grandes familias, los Livingston, los Van Reusselaers y la familia de los Schuylers, á la cual estaba ligado por los vinculos del matrimonio.

Después fué secretario de la Tesorería, y Jay jefe de Justicia, mientras que, gracias á sus esfuerzos, Schuyler y Rufus King, neoyorkinos de la ciudad, pero oriundos de Nueva Inglaterra, eran elegidos senadores.

El canciller R. Livingston no compartía las ideas de Hamilton. Estaba celoso de éste, era muy ambicioso y habíase sentido herido al verse desdeñado—á lo menos así se lo imaginaba—en la distribución de los favores de la administración nacional. En consecuencia, pasó al *clan* de los republicanos, y con él toda su poderosa familia.

Esta fué la primera brecha que se produjo en las filas federalistas.

Cuando Washington fué proclamado presidente, encontró muchos empleos disponibles en New-York. Casi todos los que nombró entonces eran miembros del partido que había pedido encarecidamente la adopción de la Constitución. Washington, por alejado que estuviese de ese espíritu de partido encarnizado y sordo á todo argumento, que pone al partido por encima del interés y de la moralidad públicos era, sin embargo, más hombre de partido que lo que ha estado á la moda proclamarlo, y en particular, durante los últimos años de su vida, fué federalista acérrimo.

Clinton hizo aprovecharse con preferencia á sus partidarios antifederales del patronato mucho más considerable y extendido del Estado. Como queda ya dicho, no había nunca en él patronato disponible para las autoridades locales, es decir, para las del condado y de la ciudad, porque á despecho del enorme lote de plazas, de las cuales disponía el alcalde, éste no era, en realidad, sino un funcionario del Estado.

Los partidos estuvieron en equilibrio casi perfecto en la ciudad de New-York, juntamente con el Estado, durante los dos últimos años del siglo, época que corresponde á la del decreto de supremacía federalista en la nación. La ciudad era el eje alrededor del cual giraba el Estado; era el gran campo de batalla que se disputaban alternativamente federales y demócratas.

Aaron Burr, culto, astuto, desprovisto de escrúpulos, era el hombre más poderoso en la democracia de la ciudad. Fué elegido para el Senado de los Estados Unidos en sustitución de Schuyler, que, á su vez, fué reemplazado por Schuyler.

Hamilton acabó por experimentar hacia él una an-

tipatía muy particular, á causa de su ambición arrogante y de su falta de conciencia.

Los Livingston le sostuvieron ardientemente contra los federales, y uno de ellos fué elegido y reelegido en el Congreso por la ciudad.

De Witt Clinton trabajó igualmente para colocarse en primera línea y retiró su candidatura por un empleo del Estado dependiente de la ciudad en más de una ocasión, compartiendo los fracasos y éxitos de su partido.

Las dos victorias sucesivas de Juan Jay, por otra parte, dieron á los federalistas el gobierno del Estado por dos años. Bajo el mando de Halmilton, ganaron bastante terreno en la ciudad. En 1799 consiguieron una victoria completa y derrotaron completamente la lista democrática, á cuya cabeza se encontraba Burr; la legislatura, así votada, eligió senador de los Estados Unidos al federal gobernador Morris.

Los diarios injuriaron á sus adversarios con la mayor dureza y muchas veces con una bufonería feroz. El editor más influyente del partido federalista de la ciudad era el famoso fabricante de diccionarios Noah Webster.

Los sentimientos de partido y de personas eran de una violencia extrema en todas estas luchas. Los duelos eran frecuentes entre los *leaders*, y las riñas entre sus prosélitos no lo eran menos. El populacho tomaba parte en ellas con gran diligencia, siempre dispuesto á cometer algún atropello, desde el momento que encontraba el menor pretexto.

La costumbre de celebrar *meetings* al aire libre para criticar alguna persona ó alguna medida, ofrecía numerosas ocasiones para estas escenas de agitación. En estos *meetings*, los oradores del partido impopular,

por el momento, eran frecuentemente muy maltratados, procedimiento que, en nuestros días, sería condenado aún por los sectarios del partido más fanático como contrario á las reglas de una lucha real.

En algunos de esos *meetings* públicos los antifederales se proponían como objeto oponerse á la adopción de la constitución y suspender las reuniones de los que la sostenían, originándose verdaderas sediciones contra sus adversarios.

En uno de estos *meetings*, celebrado con objeto de rechazar el tratado firmado por Jay con Inglaterra, tratado que era muy ventajoso para el país, y el mejor que pudo obtenerse por medio de negociaciones, fué maltratado el mismo Hamilton.

Al acercarse la elección presidencial de 1800, Burr emprendió la tarea de organizar las fuerzas de la democracia. El mismo fué el candidato para la vicepresidencia y organizó la campaña con una habilidad consumada.

Como antes, la ciudad era el eje sobre el cual giraba el Estado, pero al mismo tiempo se reconoció que la influencia del Estado en la elección era decisiva.

La democracia de la ciudad tendía á dividirse en tres facciones.

Los Clinton eran los *leaders* más indicados, pero la familia de los Livingston era muy poderosa; estaba unida por lazos de matrimonio con hombres como James Duane, político muy influyente de la ciudad, y Morgan Lewis, que fué gobernador más tarde.

Los clintonianos y los livingstonianos, celosos unos de otros, estaban unidos por una común desconfianza respecto de Burr.

En consecuencia, éste convino en formar una lista de combinación, conteniendo los nombres de más relie-

ve de cada facción. Esto le garantizó contra todo ataque á su popularidad. Entonces se entregó por entero á la obra de la organización.

Por su tacto, su destreza y el atractivo tan particular de sus modales, había reunido á su alrededor una serie de satélites dispuestos al sacrificio, que se componía de jóvenes de los más activos y enérgicos. Hizo las listas completas de los electores, buscó los medios de descubrir cómo cada grupo podría ser atacado é influido, y señaló á cada uno de sus lugartenientes el distrito donde podía obrar más directamente. Visitó también, sin descanso, los *meetings* de barrio.

Hamilton le combatió con la mayor energía, con elocuencia muy superior, teniendo la razón de su parte, pero Hamilton era un hombre de Estado antes que político. Estaba reñido inútilmente con muchos hombres de los más importantes de su propio partido. No tenía tiempo para ocuparse de los pequeños detalles, ni de dirigir las mismas intrigas de partido, que era el elemento natural de Burr. Y Burr ganó el puesto por una mayoría de quinientos votos.

Después se ha repetido muchas veces este hecho en esta ciudad.

El hombre de Estado, el hombre capaz de combatir en la palestra nacional, tiene que ceder muchas veces el terreno al hábil político de distrito.

Así cayó del poder el gran partido federalista, que no lo recuperó más, si no es en convulsiones locales, aquí ó allá.

Este partido tenía grandes defectos; sobre todo, el mayor defecto era el de faltarle la confianza del pueblo. Pero este partido fué el que fundó nuestro gobierno y el que se mostró más ardiente defensor del honor y de la integridad nacional.

New York no ha producido jamás otros *leaders* que merezcan colocarse al lado de este grupo de federales distinguidos que salieron ya de la misma ciudad ó de sus contornos inmediatos.

Además, esta ciudad no ha ocupado nunca una situación política tan elevada, ni de una manera absoluta ni relativa, respecto del país.